

en 1923 como en 1936, para salir de la situación, pero la injerencia militar cerró la vía política de solución.

No sé si es o no un contrafactual que cumpla los requisitos, pero se me ocurren varias preguntas: ¿qué evidencias hay entre los contemporáneos de la posibilidad de una alternativa en 1923 y en 1936? Por ejemplo ¿quiénes estaban realmente dispuestos a defender el orden constitucional y la Monarquía en 1923 frente a los militares, y a cambio de qué? La falta de reacción ante el golpe, o peor aun, las declaraciones de quienes confiaban en que quizás Primo de Rivera consiguiera acabar con la *vieja política*, ya que ellos no habían sido capaces de hacerlo, no resultan muy alentadoras. No se trataba sólo de las connivencias entre la Corona y el Ejército, que también, sino de toda una tradición de cultura política *militarista* venida de los pronunciamientos progresistas del siglo XIX y que duraría todavía unos años. Basta recordar cómo intentaron traer la República quienes se reunieron en San Sebastián en 1930.

No es irrelevante para explicar la inevitabilidad de la guerra en 1936 el hecho de que el golpe de 1923 triunfara, como no lo son los cambios que introdujo la dictadura en la vida política, ni el contexto generalizado en la Europa de entreguerras, con el desprestigio y quiebra final de la democracia. ¿Hay indicios de que —como aventura Santos Juliá—, de no haberse producido o haber fracasado la sublevación militar en julio, un numeroso sector del partido socialista se hubiera incorporado a un gobierno presidido por Prieto antes de fin de año, gobierno que el partido comunista habría sostenido mientras la CNT llegaba a la conclusión de que la vía insurreccional estaba agotada? El fracaso de un gobierno de esas características pocos meses antes, así como el estallido de la revolución social nada más comenzar la guerra resultan por lo menos inquietantes. No eran sólo los militares quienes habían dejado de ser leales a la Constitución en 1923 y 1936.

MERCEDES CABRERA

Enrique Laraña
La construcción de los movimientos sociales,
Madrid, Alianza Editorial, 1999, 498 págs.

En las últimas décadas, científicos sociales e historiadores han asistido a un desarrollo teórico espectacular en el campo

de la acción colectiva y, en particular, en el de una de sus formas históricas, los movimientos sociales: un *boom* que ha

hecho posible su consolidación como sector específico de labor académico-cultural y su constitución como lugar privilegiado de fértil confluencia interdisciplinar.

La centralidad manifiesta de la significación política práctica del espacio social movimientista ha ido explicando esta expansión —cuantitativa y cualitativa— y, en cierto modo, la existencia misma de un repertorio amplio de tentativas analíticas efectuadas para comprenderlo.

Así, y configurando los parámetros en los que se mueve el debate científico actual, las escuelas de la movilización de recursos, de los nuevos movimientos sociales o de la construcción social de la protesta, han emergido como proyectos de crítica y superación de los límites de las aproximaciones clásicas —las teorías de la sociedad de masas y del comportamiento colectivo—, y han hecho explícitas las distintas maneras de conceptualizar e interpretar el objeto de estudio. Muestras todas de la pluralidad y complejidad existente en lo que concierne a los orígenes, los hábitos de trabajo y las sensibilidades teóricas e ideológicas de cada investigador y, por ello, de la ausencia de un marco analítico unitario, omnicomprensivo y consensuado.

Con su obra «La construcción de los movimientos sociales», el recientemente catedrático de sociología Enrique Laraña, uno de los máximos exponentes en nuestro país de esta disciplina

sobre los movimientos sociales contemporáneos, ha suscitado una vez más la polémica epistemológica sobre la necesidad de precisar el significado del concepto «movimiento social» y de contribuir —desde la aceptación efectiva del pluralismo teórico como un activo— a favor del desarrollo de una caja de herramientas conceptuales con la que implementar marcos analíticos «fuertes» con los que abordar el estudio de estos fenómenos colectivos.

En el libro que se comenta, el autor ha condensado veinticinco años de experiencia investigadora, presentando al lector una memoria de trabajo donde el principal objeto de preocupación —los problemas conceptuales y metodológicos en el estudio de los movimientos sociales— se ha articulado con una atención a las escenas de movimientos estudiantiles, nacionalistas, antiterroristas y pacifistas que se ha fraguado desde la década de los sesenta hasta nuestros días en las sociedades española y estadounidense, principalmente. A tal fin, la reformulación de artículos anteriormente publicados en revistas científicas, libros colectivos y actas de congresos, y la elaboración de artículos inéditos *ad hoc*, son el aval capitular de la calidad de un todo único donde el desarrollo argumentativo —la formulación de una prognosis teórica reflexiva y sugerente para la investigación— se ve ilustrado ejemplificadamente con las conclusiones que

se ofrecen en los estudios de referentes empíricos. Un esfuerzo muy a agradecer, desde luego.

La estructura del libro responde, por un lado, a la preocupación de Laraña por elaborar un marco teórico que supere las limitaciones intrínsecas de las metodologías más sofisticadas que se disponen en la actualidad en las ciencias sociales: la conciencia del inevitable sesgo que supone la adopción de cualquier enfoque analítico —la selección de los factores y de las dimensiones consideradas fundamentales para la interpretación de los hechos, la valoración política que subyace en cada teorización, etc.— ha influido con determinación en los estudiosos de los movimientos sociales, propiciando esfuerzos sincréticos interparadigmáticos.

La propuesta de Laraña se inscribe en una fecunda defensa de una perspectiva concreta —la de la construcción social de la protesta— capaz de ir más allá de ser una mera variante particular de eclecticismo metodológico (por otra parte intentos sincréticos «abocados al fracaso» necesariamente, como nos recordó convincentemente J. Casquette en su último libro⁴).

Siguiendo en este punto a J. Gusfield, Laraña despliega una aproximación analítica —que adjetiva como constructivista, histórica y comparada— que busca recuperar, previa revi-

sión, aquellos supuestos útiles de enfoque «clásicos» para la comprensión de los movimientos sociales contemporáneos —en particular, el modelo interaccionista del comportamiento—; y que sustancialmente se reclama como producto de la combinación de dos enfoques recientes en función de su utilidad práctica: el enfoque constructivista de la identidad colectiva desarrollada por el sociólogo y psicólogo italiano A. Melucci y sus colaboradores, y el propuesto por los sociólogos estadounidenses D. Snow y R. Benford centrado en los procesos de alineamiento con los marcos de acción colectiva (*frame analysis*).

Posiblemente, la actitud receptiva a recoger aquellas aportaciones parciales de los enfoques tradicionales que posean potencia explicativa, sea una de los mayores atractivos del texto de Laraña: su mirada positiva de los «clásicos» como forma de reconocer la continuidad epistemológica y la influencia dialéctica entre los modelos teóricos del presente y los del pasado, muestra las posibilidades de una literatura que rescata —desde luego, desde unas premisas sobre la acción colectiva bien distintas a las concepciones irracionalistas y de anormalidad de G. Tarde, G. LeBon, R. Park, N. Smelser, etc.— algunos planteamientos válidos (psicosociológicos, sustancialmente) para

⁴ J. Casquette, *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao, Bakeaz, 1998.

interpretar correctamente los sucesos.

Por otro lado, la estructura del libro responde también a la asunción de un paradigma complejo de investigación social que relativiza la separación tradicional objeto/sujeto: una perspectiva que toma en consideración no sólo el análisis de los movimientos sociales *per se*, sino también las diversas interpretaciones que de ellos han hecho sucesivamente los científicos sociales. Una perspectiva de trabajo que, de este modo, al reconocer la existencia de un disenso sobre el significado de «movimiento social», exige la identificación previa del arsenal metodológico-conceptual del autor y el rechazo tajante a toda pretensión totalista y/o de neutralidad axiológica de las prácticas y conclusiones investigadoras.

La postura que defiende Laraña, explícitamente más próxima a la lectura que la teoría de los nuevos movimientos sociales hace de la acción colectiva, parte de la denuncia de las insuficiencias y debilidades de la teoría de la movilización de recursos y de los modelos macroestructurales (básicamente, los neomarxistas) que interpretan los movimientos sociales en función de rasgos de la estructura social y no como objetos *específicos* de investigación. Por tanto, la centralidad de los procesos donde los actores sociales atribuyen significados (morales y/o simbólicos) a los acontecimientos y de como éstos consi-

guen la identificación comparada de sus (potenciales) movilizadas con dichos significados, se construye como una combinación del énfasis melucciano en la dimensión estructural de la identidad colectiva, con la importancia que Snow y sus colaboradores confieren a los procesos simbólicos y cognitivos de creación/difusión de marcos de movilización.

De esta forma, Laraña rompe con las narrativas argumentales que, principalmente en las ciencias sociales, han focalizado la explicación de los movimientos en factores exógenos y «objetivos» —tensiones socioestructurales generadas por los procesos de modernización, la estructura de oportunidades políticas, la disponibilidad de recursos para la acción, la existencia de una conciencia de clase—, para centrarse en lo que acontece en el interior de los mismos. Esto es, en factores endógenos o «culturales», en los procesos simbólicos y cognitivos (por ejemplo, los marcos dominantes de acción colectiva, los recursos culturales, las subculturas activistas de oposición, la creación de comunidades de legitimación, etc.) desde los que se van creando los marcos de significación/definición de los acontecimientos, y en la difusión de una identidad del «nosotros», alternativos a las formas dominantes de participación en la vida pública, respectivamente.

Un texto que, desde una explícita apología de una determi-

nada posición en el debate entre paradigmas, se integra plenamente en la cada vez más extendida producción científica sobre acción colectiva donde los factores culturales «regresan al primer plano» (R. Cruz⁵). Un estilo de trabajo que progresivamente gana adeptos, independientemente del enfoque con el que cada autor se identifique, y que parece confirmar por sus resultados cierta intuición analítica: la necesidad de huir de unilateralidades teóricas al estilo de «reduccionismos» economicistas, políticos y/o culturales, a la hora de enfrentarnos a la investigación.

En este sentido, con este bagaje teórico con el que presenta su marco explicativo original sobre los movimientos sociales, Laraña pone en marcha un dispositivo teórico empleando el recurso a una extensa bibliografía temática y al uso de técnicas cualitativas de investigación social (entrevistas en profundidad, análisis de discursos, etc.) aplicados al estudio empírico de casos más o menos recientes. En los sucesivos capítulos del libro, y sin dejar de activar una fuerte conexión con las reflexiones teórico-metodológicas iniciales, Laraña va analizando comparativamente sucesivos ejemplos prácticos de movimientos sociales desde los años sesenta.

El interés que revisten los es-

tudios de los movimientos sociales contemporáneos analizados por Laraña reside, fundamentalmente, en cómo manifiestan simultáneamente las potencialidades y los límites que posee un punto de vista afín a la concepción de los nuevos movimientos sociales. Un punto de vista que no sólo establece una forma de concebir a los movimientos sociales, sino también una forma de trabajar académicamente.

De este modo, la importancia de los movimientos estudiantiles en España (durante los sesenta y en los ochenta) y en Estados Unidos (durante los sesenta) no residirá en su papel de movimientos madrugadores de un ciclo de protesta (factor exógeno), sino en su rol de primeras evidencias de cambios en las formas tradicionales de participación y de acción colectivas. Conclusión que llevará a centrarse en factores endógenos (procesos psicosociales) de los movimientos sociales, y a considerarlos «nuevos» objetos de estudio distintos a los anteriores. El análisis consiguiente de los cambios en las formas de participación política (progresiva pérdida de confianza respecto a los cauces tradicionales encarnados en los partidos políticos, etc.) conducirá necesariamente a concluir que las formas alternativas de participación de los *nuevos* movimientos socia-

⁵ R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.

les mostrarán en el caso español cierta debilidad y discontinuidad organizativa. Igualmente, el análisis de la acción colectiva antifranquista y los estudios sobre las formas de protesta nacionalista y pacifista (en particular en las movilizaciones anti-ETA y en la pervivencia de culturas de la violencia en el País Vasco), muestran cómo el recurso a supuestos psicosociales de las teorías clásicas puede ofrecer alguna luz de conocimiento sobre el tema.

Ciertamente, las críticas que se pueden verter al texto son las generalizables a aquellos enfoques que ignoran o infravaloran la importancia de factores como el contexto político en favor de la dimensión cultural o simbólica. Principalmente porque si bien los factores políticos (supuestamente) objetivos —véase, la estructura de oportunidades política— requieren de un proceso de interpretación y evaluación favorable por parte de los actores para que éstos se movilicen (J. Casquette), no es menos cierto que estos recursos culturales no están disponibles automáticamente como símbolos de movilización (R. Cruz): requieren movilización. Movilización que deriva de la confrontación política. Y por tanto, esta última se yergue como factor central para la configuración de identidades colectivas y de los marcos cognitivos de definición compartida de la realidad efectivos.

A la par, su conceptualización de los movimientos sociales le conduce necesariamente a su tesis sobre la necesidad de considerarlos como objetos de estudio por sí mismos que no pueden explicarse por factores exógenos, reduciendo la importancia de los factores políticos y/o socioestructurales en la explicación. Una conceptualización que en definitiva se construye trasladando categorías analíticas utilizadas para la comprensión de los movimientos sociales a características intrínsecas de los mismos.

No obstante, y con independencia de que se comparta o no muchos de sus argumentos, el trabajo resulta de especial interés para todos aquellos interesados en la investigación de los movimientos sociales. En particular, por cuanto promoción de la necesidad de pasar, en línea con lo propuesto por Melucci, de generalizaciones empíricas a definiciones analíticas lo más precisas y consensuadas posibles que acoten la extensión de los conceptos. También, por el «reciclado» de las aportaciones de los «clásicos» que parece ofrecer buenos resultados a la vista del texto. E igualmente, por el uso de una perspectiva que despliega con rigor y enjundia la reflexión epistemológica como prerequisite ineludible para el análisis empírico comparativo.

FRANCISCO PALOMA